

La curación por la naturaleza

= Colaboración. Costa Rica =



Max Jiménez

Dibujo de F. Amigheffi (1937)

*El llanto, el llanto
de estos mis despojos que fueron corazón
que habían llorado tanto
que ganaron el alma y perdieron la razón.*

*El llanto, el llanto,
con la sal de este mar
que hace ondas de su manlo
y se tiende a llorar.*

*El llanto, el llanto,
que no puede saltar.
Se marchitó el acanto
pero quedó el altar.*

*El llanto, el llanto
desesperadamente
del pájaro que muere sin encontrar su canto,
que no engarzó en las alas las perlas de una fuente,*

*y el llanto, el llanto,
hoy, de esta inútil mano,
que endurecida en piedra, oye que dice el Santo
adiós: Maximiliano.*

MAX JIMÉNEZ

Puntarenas, diciembre de 1937.

Perspectivas de América La civilización occidental

Por LUIS DE ZULUETA

= De *El Tiempo*. Bogotá, 22 de octubre de 1937 =

Regresando de Tunja a Bogotá, atravesábamos estas sierras y admirábamos sus paisajes, nobles y grandes, que a un español le recuerdan los de la zona norte de Castilla. El cielo, azul claro, tenía una transparencia de cristal. Estas tierras altas, lo mismo aquí que en la meseta castellana, parece que elevan también el espíritu, afinándolo, depurándolo.

De pronto, tras una vuelta del camino, vimos surgir un jardín, florido de rosas, en la perpetua primavera del suelo tropical. Allí se alza el obelisco que conmemora la batalla de Boyacá. Entre las piedras del viejo puente roto, recuerdo de la historia, sigue, corre y canta, como la vida, el río que en aquella jornada memorable, decisiva para América, gloriosa para todos los que amamos la libertad, llevó sus aguas teñidas de sangre.

Mirándolo deslizarse por aquella quebrada, evocábamos el pasado. El esplendor del día, la luz, las flores, hablaban más bien del presente y del futuro. Nuestras emociones no habrían sabido hallar la palabra que las expresara. Mas entonces, contemplando el monumento conmemorativo, se fijaron nuestros ojos en una frase de Bolívar, inscrita en la piedra y digna, en efecto, de ser esculpida:

"La libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo".

Este pensamiento, tan sobrio en la forma, encierra en el fondo una verdad generosa, desbordante, fecunda, no agotada. Una verdad que era verdad entonces, hace más de un siglo. Que es quizás más verdad hoy. Y que será acaso más verdad todavía mañana.

El viajero europeo, recordando la gran guerra; las revoluciones y las dictaduras de estos veinte años últimos en el Viejo Continente; las doctrinas allí divulgadas acerca de la decadencia, la senectud de la civilización occidental;

la presente crisis; las guerras de España y de China; la amenaza de una nueva guerra mundial... no puede menos de percibir como contraste la vitalidad ascendente de estas tierras jóvenes. Piensa entonces que ahí, en un vergel de estas cumbres andinas, que son como el corazón de América, brilla inmortal la promesa bolivariana: "La libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo".

¿Qué sería hoy, para los hombres del siglo XX, esa esperanza universal que acaso América esté llamada a realizar?

Lo que en Europa zozobra, o, por lo menos, peligra, es la llamada civilización de occidente. Dicen que, allí, unos la defienden mientras que otros la atacan. Pero agresores y defensores coinciden, desdichadamente, en repudiar los principios, las ideas fundamentales que son el contenido, la esencia, el alma misma de esta civilización.

Es posible que la misión de América, el destino de América y en especial de Hispanoamérica, consista en salvar la civilización occidental. Observemos a este propósito que, para un Viejo Mundo, salvar la civilización podría equivaler a guardarla intacta, conservarla inmóvil. Al pasar a un Mundo Nuevo, guardar es también renovar, conservación es renovación. Salvar nuestra civilización occidental querría decir aquí, no sólo mantenerla incólume, sino proseguirla y completarla, desarrollarla y engrandecerla.

Una civilización no es un estado de cosas logrado, detenido. Es más bien un proceso, una dirección, un crecimiento. No es la posada sino el camino. La sustancia de una civilización no son tales o cuales instituciones, por ella engendradas, que van evolucionando con los años o con los siglos, sino ciertos principios

espirituales, vivos, fecundos, inagotables, que internamente la inspiran. Esos gérmenes ideales, permanentes, van dando, en cada tiempo, nuevos frutos. Cuando el árbol cesa de fructificar es que, por dentro, está muerto.

¿Se halla interiormente muerta, o por lo menos moribunda, como se ha pretendido y afirmado, nuestra civilización occidental? ¿Se encuentra, en efecto, gastada, envejecida? ¿Qué pensar de la tan divulgada "decadencia de Occidente"?

A mi juicio, esta visión fatalmente pesimista carece de fundamento sólido. No, no estamos en presencia de una civilización que fue juvenil en la Edad Media, en aquella Edad Media "enorme y delicada", — "C'est vers le Moyen Age enorme et délicat" —; que más tarde llegó a la madurez en el renacimiento; envejeció, racionalista y escéptica, bajo las pelucas empolvadas del siglo XVIII, y ahora agoniza, decrepita, en las trágicas convulsiones iniciadas en 1914 y no terminadas todavía.

Esa visión me parece falsa. Europa no está interna, espiritualmente exhausta, sino externamente, social y políticamente, desvencijada y comprometida. La fuerza creadora palpita allí en toda su vitalidad. La Europa de Einstein, de Husserl o de Bergson; la de Croce, Tomás Mann o Valery, y aun la de Unamuno, Ortega y Gasset o Azorín, no ha caído en la esterilidad mental característica de las verdaderas, incurables decadencias.

Ni se halla, por dentro, agotada la civilización de Occidente. Sus principios, sus auténticos principios de los que otro día hablaremos, viven todavía en plena fertilidad, en plena potencia de desenvolvimiento. Subsisten vigorosos sus ideales en lo que tienen de más íntimo y profundo: lo mismo los que provienen de la perenne juventud del genio clásico que los que nacieron con la eterna espiritualidad del cristianismo. Ni se ha puesto el sol de la Hélade, ni se ha apagado la estrella del portal de Belén... Lo que sí está com-

(Pasa a la página 367)